

LIBROS

I. HAUSHERR, *Les leçons d'un contemplatif*, Beauchesne et ses fils, 1960.

Con este título presenta el autor el Tratado de la oración de Evagrio Póntico, que comenta en base a sus otras obras e ilustra mediante numerosas citas elegidas con gran acierto. Las oportunas explicaciones de vocablos y conceptos orientan a los lectores menos familiarizados con la mentalidad y terminología de la época, ayudándolos a descubrir bajo ropajes extraños para nuestro siglo, las realidades sustanciales, inmutables.

En estos tiempos de desorientación, en medio de un torbellino de opiniones diversas es bueno escuchar a un monje que anhelaba “liberar... su inteligencia” de todos los pensamientos contaminados y establecerla en presencia de Cristo⁴⁶ y cuya doctrina es fruto de su contacto asiduo con la divina Palabra. Sin duda -también hoy- el “De oratione” tiene algo que decir a las almas sedientas de Dios.

Analizaremos brevemente algunas ideas principales que reflejan con meridiana nitidez la luz pura del Evangelio. Hausherr presentará la visión de conjunto en una síntesis magistral que cierra el comentario del último capítulo, el 153. Este número no ha sido elegido al acaso; los 153 capítulos son como otros tantos peces “no muy grandes” y “de aspecto insignificante”⁴⁷ que Evagrio envía a su discípulo en el “cesto de la caridad”⁴⁸. He aquí la palabra clave y el hilo conductor de toda la obra.

La caridad es absolutamente indispensable para llegar a la oración, es “la puerta de la contemplación (natural), a la que sigue la teología y la suprema felicidad”⁴⁹.

La caridad es una meta que se debe alcanzar mediante la práctica de todas las virtudes, es decir por medio de la ascesis⁵⁰. Evagrio afirma la necesidad de la penitencia:

“En primer lugar ora a fin de recibir el don de lágrimas...”⁵¹;

de la humildad:

“Procura adquirir una gran humildad...”⁵²;

“Bienaventurado el monje que se considera la basura de todos”⁵³;

a la vez que previene contra la vanagloria, cuyos temibles asaltos no perdonan ni aún a los perfectos⁵⁴.

⁴⁶ *Gnóstico* 148 (citado en el comentario del capítulo 1. Para el significado de: “inteligencia”, cfr. el comentario del capítulo 3).

⁴⁷ Prólogo de Evagrio, cfr. *Jn* 21.

⁴⁸ Prólogo de Evagrio, cfr. *Jn* 21.

⁴⁹ *Carta a Anatolio*; cfr. comentario de los capítulos 2, 14, 17. Para el significado de: “teología” cfr. el comentario del cap. 60.

⁵⁰ Caps. 1-2 y comentario.

⁵¹ Cap. 5.

⁵² Cap. 96.

⁵³ Cap. 121.

⁵⁴ Comentario a los caps. 29, 37, 134.

Otro vicio que fustiga implacablemente y combate hasta en sus raíces más ocultas⁵⁵ es la ira, nombre genérico que incluye todos los pecados exteriores o interiores contra la caridad fraterna. La ira es el gran obstáculo para la oración. Siendo éste un punto capital de la doctrina de Evagrio, no resultará superfluo multiplicar las citas:

“Deja tu ofrenda en el altar, se ha dicho, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vendrás y orarás sin turbación. Porque el rencor ciega la facultad principal del que era y entenebrece sus oraciones”⁵⁶.

“Si deseas rezar como conviene no entristezcas a nadie; de lo contrario corres en vano”⁵⁷.

“Todo lo que hagas para vengarte de un hermano que te hubiere ofendido, se convertirá para ti en piedra de tropiezo a la hora de la oración”⁵⁸.

“Los que acumulan interiormente penas y resentimientos y piensan que hacen oración se asemejan a los que buscan agua para verterla en un recipiente agujereado”⁵⁹.

“El que aspira a la verdadera oración y se encoleriza o guarda rencor, manifiesta su desequilibrio cerebral. Es asemejarse a un hombre que quisiera tener buena vista y se arrancara los ojos”⁶⁰.

Las comparaciones gráficas y rotundas realzan aún más la fuerza de las afirmaciones. En el capítulo 24, al distinguir la ira que se ejerce contra los demonios, de la ira contra los hermanos, Evagrio declara categóricamente:

“... No existe en absoluto una ira justa contra el prójimo. Si buscas bien hallarás que es posible arreglar el asunto sin recurrir a la ira. Por lo tanto emplea todos los medios para no encolerizarte”.

A esto podría objetarse que a veces es necesaria la severidad para reprender a los culpables obstinados:

“Ten cuidado -responde- de que bajo pretexto de sanar a otro te vuelvas tú mismo incurable o inflijas una herida mortal a tu oración”⁶¹.

Ahora bien ¿qué es la oración? Recordemos que Evagrio no delimita entre “oración” y “contemplación”⁶². Desde las primeras páginas del Tratado hallamos referencias breves y sencillas cuyo riquísimo contenido es admirablemente traído a luz en el comentario:

“La oración es una homilía del intelecto con Dios”⁶³; “una ascensión de la inteligencia hacia Dios”⁶⁴; impulsada por un amor “supremo”⁶⁵, “ardiente”⁶⁶. “Quien ama a Dios conversa siempre con Él como con un padre...”⁶⁷, mas sin olvidar que Él es “Dios, el

⁵⁵ Cfr. comentario del cap. 25.

⁵⁶ Cap. 21.

⁵⁷ Cap. 20.

⁵⁸ Cap. 13.

⁵⁹ Cap. 22.

⁶⁰ Cap. 64.

⁶¹ Cap. 25.

⁶² Cfr. caps. 55 al 57. En el comentario Hausherr estudia los diversos grados de la oración-contemplación. Ver también el cap. 60.

⁶³ Cap. 3.

⁶⁴ Cap. 35.

⁶⁵ Cap. 52.

⁶⁶ Cap. 61.

⁶⁷ Cap. 54.

Todopoderoso, el Creador⁶⁸, por lo cual debemos llegarnos a Él con “sumo temor”⁶⁹ y “respetuosa gravedad”⁷⁰.

Evagrio no desconoce el papel decisivo del deseo en la oración⁷¹ ni los factores que la favorecen u obstaculizan.

La oración es “hija de la mansedumbre y de la ausencia de ira”⁷² “fruto de la alegría y de la acción de gracias”⁷³. Es “exclusión de la tristeza y del desaliento”⁷⁴ y no coexiste con la disipación:

“A la hora de la oración esfuérgate por tornar tu inteligencia sorda y muda, y podrás orar”⁷⁵.

Los capítulos relativos a la abnegación ponen de relieve el alcance insospechado de las exigencias divinas:

“Vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, luego toma la Cruz, niégate a ti mismo para que puedas orar sin distracción”⁷⁶.

“Si quieres orar dignamente niégate en todo momento”⁷⁷.

La próxima sentencia explica el sentido y la recompensa de este imperativo:

“Si ambicionas la oración, renuncia a todo para obtener todo”⁷⁸.

Se requiere el esfuerzo del hombre para llegar a la oración, pero es necesario recordar que ésta es ante todo don de Dios:

“Si quieres orar, tienes necesidad de Dios que da la oración al que ora. Invócalo, pues, diciendo: santificado sea tu nombre...”⁷⁹.

Agradecemos a Hausherr el haber reproducido el comentario de Evagrio sobre el *Padrenuestro*.

Tocamos aquí otra cuestión fundamental: ¿qué se debe pedir en la oración? Habría que citar por entero los preciosos textos acerca de la providencia⁸⁰. Pero es tiempo de dejar que el lector guste por sí mismo este “menú evangélico”⁸¹, deseándole que, con la ayuda de Cristo, se realicen para él las palabras de Evagrio:

“... Con toda verdad, habrás hallado la oración”⁸² y que es un anticipo de la visión beatífica y que constituye -en esta tierra- la “felicidad suprema”⁸³ del contemplativo.

⁶⁸ Cap. 100.

⁶⁹ Cap. 100.

⁷⁰ Cap. 42.

⁷¹ Cap. 62.

⁷² Cap. 14.

⁷³ Cap. 15.

⁷⁴ Cap. 16.

⁷⁵ Cap. 11.

⁷⁶ Cap. 17.

⁷⁷ Cap. 18.

⁷⁸ Cap. 36.

⁷⁹ Cap. 58.

⁸⁰ Caps. 31-34, 38-39.

⁸¹ Prólogo de Evagrio.

⁸² Cap. 153.

⁸³ Comentario del cap. 153.

Sor Bernarda Bianchi di Carcano
Abadía Santa Escolástica
Argentina

GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Carta de Oro*, Ediciones Studium, Bailén 19, Madrid, 1968.

La Colección Fuentes de Espiritualidad Monástica, dirigida por Martín María García o.c.s.o. presenta su primer volumen: “Carta de oro” por Guillermo de Saint Thierry.

Gran amigo de san Bernardo, Guillermo, abad de Saint Thierry, fue uno de los más grandes autores de su tiempo y sin duda uno de los más leídos e inclusive para algunos el más grande teólogo del siglo XII.

La Carta de Oro es un tratado sobre la vida religiosa, en forma de Carta, dedicado especialmente a los novicios de la cartuja de Mont Dieu, donde el autor pasó una temporada y donde se edificó con las virtudes de esos monjes, que, a su vez le pidieron la caridad de su enseñanza. Con encantadora sencillez les dice en el prólogo:

“Os doy lo que tengo y puedo: mi buena voluntad; y yo os pido que me la devolváis con todos sus frutos”.

Bien podemos tomar también para nosotros esta invitación y emprender la lectura de estas reflexiones.

El volumen que nos presenta la colección “Fuentes de Espiritualidad Monástica” trae una muy buena introducción sobre el autor y sobre la obra, y a lo largo del texto, notas de valor, extraídas de los trabajos más modernos y científicos, pero todo sin pretensiones de erudición y omitiendo todo aparato estrictamente científico. Todo esto así como la traducción al español estuvo a cargo de los monjes de San Isidro de Dueñas, España.

Al final trae un índice bíblico de las citas a través de la obra, uno de nombres y un muy claro índice general.

La obra consta de un preámbulo y dos partes: la primera dedicada al principiante (él lo llama “hombre animal”) y la segunda al adelantado (él lo llama “hombre racional y espiritual”) inspirándose, sin duda en la doctrina de Orígenes que, siguiendo a san Pablo había dividido a los cristianos en tres grupos: los psíquicos, o principiantes, los gnósticos o aprovechados y los pneumáticos o perfectos. Estas tres etapas del camino en que el monje busca a Dios constituyen el contenido del tratado. En la primera el hombre pecador tiene sólo la fe, y, no fiándose de sí, se ata por fortaleza a la obediencia, sin más fin que llegar a la plenitud espiritual por la obediencia perfecta. Pero, en la segunda etapa, la obediencia adquiere una nueva cualidad: es obediencia de amor, pues, una vez que se ha conocido cuál sea la voluntad de Dios, se adelanta a realizar las cosas por agradarle. Por fin, en la tercera etapa, el hombre obra bajo la acción inmediata del Espíritu, que le hace amar sencilla y espontáneamente aquello que Dios ama.

Muy ágil, sobre todo en la primera parte, tiene preciosas consideraciones sobre el sentido y el valor de la celda en la vida del solitario, sobre el trabajo manual y sobre la lectura y oración, siendo el capítulo dedicado a las normas para la oración, un verdadero tratado breve, conciso, claro, sabroso: una verdadera joya.

La segunda parte trata de los elementos místicos y debe considerarse como una síntesis de la doctrina teológico-mística de Guillermo de Saint Thierry.